

Dos poemas de *Sumario* – Cristóbal Joannon

NOTA NECROLÓGICA

Dijiste: no merezco esto. Tuvimos que responderte:
nadie merece nada; si el señorito quiere pegarse un tiro
que lo haga ahora o bien se calle. Crispan el ánimo
tus sombrías obviedades, reclamos de publicista regalón.

Considera al menos que nos ahorramos algunos *issues*:
no consiguieron deprimirnos los burros de Navarra,
el *golden pair* y sus ladrillos de inquina tempestuosa,
los chantajes neotomistas que justificaron la barbarie.

Tu cerebro aún trabaja; podrías conseguirte una yegua
y observar el resultado: la ternura misma de un nuevo ser
abrirá sus ojos para enseñarte la curvatura del mundo,
vistas satelitales de nubes girando hacia una luz polar.

Protagonizar un confuso incidente quizás tome su tiempo,
lo más efectivo sería sentarse mal en un balcón *a eso de las seis*.
Déjanos algunos cheques para agilizar las gestiones fúnebres
y hazlo bien, sin la urgencia de los que ya no aguantan más.

**

EMBAJADAS

Esos inmuebles de la era industrial, cuya tristeza
sólo se disputan nuestros complejos turísticos
donde mandos medios emergentes practican su derecho
al sano esparcimiento –pues la clase obrera
ya obtuvo el premio superlativo de un Don Francisco
cada sábado en la tarde familiar–, esos inmuebles,
bien digo, son el bastión que Chile entero necesita.

Sus jardines: de un verdor esmaltado propio de estilistas.
Nos señalan que ahí el árbol de la vida se despliega,
imperceptible, mientras centauros, efebos y ágiles pastores
perpetran rondas al son de la vihuela. Enternece el corazón
observar la marcha blanca de los plátanos orientales
cuando la primavera ha decidido quedarse entre nosotros.

Se diría que cisnes y faisanes establecieron aquí
su reino ingrávigo, lejos de los clavecines de la lluvia
que las estaciones frías reparten con descuido.

Algo así merece este país aún en la edad del hierro,
exprimido, con todo respeto, por una sarta de moscas muertas
adiestradas afortunadamente en la anulación de los instintos.
Consideremos sus predios forestales quemados por la sal
o aquellos peladeros donde sólo Dios madruga. El cariño
del público nunca ha estado a la altura de las circunstancias.
Algún día el come y calla de nuestra situación insular
será discutido en sesiones plenarias sobre la autoestima.

Pasemos. Quienes hayan visitado Londinium Britannia
perdiéndose en la vida privada de sus *blurred labyrinths*
sabrán apreciar el gusto riguroso de los dueños; la luz,
como una oveja recién lavada, cae sobre bustos y retratos.
Este es Richard Porson, el de allá es Bernard Grenfell,
instruidos caballeros a la espera de su monumento ecuestre.
Hasta en el solemne Pireo hubiesen envidiado estas reliquias,
pruebas fidedignas de que no somos tan mal hechos.

Numerosos desarreglos políticos aquí fueron encauzados;
el juicio de la historia lo recordará al repartir sus galardones.
Para no ir más lejos, en esta mesa se resolvió en quince minutos
la situación de Haití. Hubo un llamado urgente a la cordura.
Jueces de reconocida trayectoria levantaron la voz, molestos,
y los cascos azules impusieron un orden duradero: rescataron
a los niños y a las viudas, repartieron insumos desde el aire.
Sobre la manera en que los cuerpos de paz barrieron la isla
mejor no entremos en detalles –para qué amargarse ahora.

Antes de retirarnos de los salones y sus respectivas ansiedades
admiremos en las ventanas el movimiento espontáneo de las nubes.
En algunas horas ellas serán agua o viento que se aleja,
hacia otros valles, hacia otras costas cercadas por el mar.